

# SOBRE LA LIBERTAD

**L**A libertad es para Ortega una de las cumbres de nuestra realidad como seres humanos. Si yo tuviera que ordenar y denominar las distintas cumbres de esa realidad en una hipotética clase de geografía no dudaría nunca en afirmar que la libertad se llama Everest y que su existencia constituye el rasgo más esencial y distintivo de nuestra singularidad como especie. A explicar la estrecha relación entre la libertad y la estructura corporal humana dediqué hace varios años un breve ensayo y a comentar el sustrato anímico y vivencial que, a mi modo de ver, hace posible su ejercicio más íntimo quiero dedicar ahora estas reflexiones.

Ejercer la libertad es innovar sobre una realidad problemática, es tomar partido, es aceptar una opción, es mostrar una preferencia, es elegir, a veces, entre razones y afectos, entre reflexiones y pasiones, entre lógica e instinto o, como escribió Margarita Yourcenar, entre la esperanza infatigable y la prudente falta de esperanza, entre las delicias del caos o las de la estabilidad, entre los Olímpicos o los Titanes.

Sabemos que el niño recién nacido no es libre y que, en nuestra vida, la libertad solo surge a medida que maduran y se desarrollan las distintas estructuras nerviosas que la hacen posible. El ejercicio pleno y maduro de la libertad exige, sin embargo, algo más que el mero soporte físico y mental que representa nuestro sistema nervioso. Exige además, que junto al mismo, exista también, un soporte biográfico construido de creencias, convicciones y sentimientos que sea expresión de nuestro transitar por la vida y, por tanto, de nuestra personal y particular relación con el mundo.

Pero ni el soporte físico ni el soporte biográfico son suficientes para ejercer la libertad. Con frecuencia, como es fácil comprobar en nuestro convivir diario, ni siquiera la asociación más ventajosa, en una misma

persona, de ambos soportes asegura que ésta haga de la libertad su más íntimo y cotidiano ejercicio. ¿Cuál es entonces la actitud anímica que nos empuja y que nos mueve hacia su práctica? ¿Cuál, el sustrato en el que justificar y asentar su ejercicio? A mi parecer el último y fundamental requisito, para ejercer la libertad, consiste en poseer y sentir una doble y sucesiva vivencia: la identidad y la autenticidad

Mediante la primera el ser humano eleva el rango de sus creencias, de sus convicciones y de sus sentimientos a su propia esencia y vivencia como persona, como individuo singular y único en el mundo, distinto al resto de sus semejantes. Mi secreto, escribe Torga, es ser idéntico en todos los momentos y situaciones, negarme a ver el mundo por los ojos de los demás y no pactar nunca con el lugar común. Y ser idéntico a uno mismo, añade, nunca se consigue pacíficamente.

La autenticidad consiste en actuar de acuerdo con nuestras creencias, convicciones y sentimientos, consiste en tener la decidida voluntad de no engañarnos a nosotros mismos, de no actuar, en el ejercicio de nuestra libertad, contra ese fondo último e insoportable que representa el sentido y la vivencia de la identidad a la que con anterioridad hice referencia.

No hay nada más inhumano, escribió también Miguel Torga, que llegar triunfante al final de la jornada uncido a cualquier carro de servilismo. El ejercicio de la libertad consiste, desde la identidad y desde la autenticidad, en crear, mostrar o elegir diciendo a veces a la gente lo que la gente no quiere oír.

Por eso, aunque nos encumbre nuestra biología y nuestra biografía, sólo a fuer de idénticos y de auténticos podremos escalar el Everest.